

Editorial



Ahora que El Capital ha desplegado la dominación de *Espectro Completo*, ¿qué superficie le resta explorar?, ¿cuál prioridad asigna al espacio no terrestre?, ¿cuál a las profundidades de la tierra?, ¿cuál relación ha tejido entre aquél y éstas? ¿Quiénes serán declarados sus enemigos una vez que no parecen existir o ser posibles proyectos alternativos?, ¿qué pueden esperar los proyectos de unidad latinoamericana ante una espectral Pangea de negocios? Nosotros tenemos las preguntas.

Inmune, interconectado, interactivo, multi-variable, un holístico sistema de sistemas, un mundo de negocios. Instalado el delirio del devenir absoluto, el nivel de acumulación de capital en donde predomina la información, el algoritmo, las redes y el mundo digital, las telecomunicaciones, el conocimiento especializado, la vida y la inteligencia artificiales, exige control y vigilancia sobre todos los niveles de relacionamiento humano posibles. También el control terrestre, marítimo, aéreo, electromagnético, y sus rutas de paso (incluidos satélites y cables interoceánicos), el salto del explorar al explotar que impulsa la privatizada carrera espacial por el dominio de los astros, o mejor, de las tierras raras, así como del subsuelo y del lecho marítimo. Examinar entonces, con detenimiento, la actual realidad material latinoamericana implica pasar, al menos, por la transformación de su territorio a la luz del Espectro Completo, y por la competencia global en busca de la hegemonía del mercado entre hemisféricas fracciones/potencias adversarias, que despliegan sus estrategias respectivas para obtener o conservar la primacía. De ellas observamos, a veces, algunas tácticas.

Si hasta hace unas décadas el imperialismo basado en la fuerza impositiva de las armas proveía, para la estrategia de la extensión del capital en nuevos dominios, la táctica del afianzar al Estado y sus fronteras en territorios independientes, y en consecuencia creaba la crisis del obstaculizar el movimiento de capitales; en un mundo sin aparentes rincones desconocidos pero provisto de tierras raras, la regente transnacionalización del monopolio, basada en la fuerza de atracción del dinero, conlleva crear condiciones superiores para la intensificación de la reproducción de mercancías y de momentos de la vida subsumibles a su forma. Tal intensificación requiere dislocar la solidez de la soberanía del Estado para hacer de ella una pieza móvil del Capital Global, extrayendo buena parte de la selectividad estratégica del entramado institucional, dejándole tan sólo la potestad sobre los dominados habitantes de su geografía en asuntos menos relevantes a escala internacional, configurando así un estado de excepción planetario, dotado (como pináculo) del uso discrecional de la modalidad del arruinar/enriquecer fuerzas y medios productivos en territorios (geográficos y humanos) del no dominio, del neo-

dominio, verbigracia, la destrucción y posterior reconstrucción de Irak en manos del complejo militar norteamericano y sus contratistas; abierto a la competencia por su privilegio entre las fracciones/potencias y las multinacionales o proyectos asociados a ellas: en nuestro continente, la intersección entre la Carretera Panamericana, auspiciada por EE.UU, y el Tren Bioceánico, financiado por capitales Chinos, refleja tanto la disputa por desarrollar la infraestructura para el flujo de mercancías, como las diferencias en los intereses que persiguen evidentes en la dirección de cada uno: mientras la Carretera apunta al Norte, el Tren atraviesa el continente con dirección a Oriente; incrementando no solo la circulación hartamente repetida en las lecturas de la llamada globalización sino las tasas de beneficio de particulares, estimulando la capacidad adaptativa y de resiliencia del Capital en general frente a cualquier perturbación, y en resumidas asegurando su progreso.

En consonancia, si durante las guerras mundiales el llamado progreso ardió como nunca en los talleres industriales de la devastadora destrucción creativa, mientras que en la posterior época de la bipolar contradicción entre «mundos/modos de existencia posibles», o llamada Guerra Fría, la eventual aplicación de instrumentos científicos y tecnológicos de destrucción en masa de países enteros o amenaza nuclear disfrazó, bajo la forma del eventual exterminio radioactivo, la rentable y progresiva política del permanecer al borde de la guerra y su correlativo seguridad nacional o trasladar el conflicto internacional a escenarios localizados y controlables, asumiendo el carácter de guerra interna; ¿Cómo crea entonces el llamado progreso las condiciones para su reproducción en la actualidad? A través de la *Guerra Permanente*: una narrativa en espiral

en la que, una vez garantizado el monopolio de lo nuclear mediante el desarme o renuncia voluntaria de las soberanías nacionales a su desarrollo, la guerra aparece como un medio para la pacificación y la paz se realiza como dominio premonitorio para la guerra, gracias a una serie de enemigos cuyos fines permanecen en constante redefinición pero casi siempre caracterizados como transgresores de fronteras y, por tanto, combatibles solo a escala supranacional, siendo dictadores y terroristas los más comunes. La guerra domesticada y alejada de la irracional aplicación bruta de la fuerza, aunque no de la fuerza bruta. Una guerra suavizada o de baja intensidad, una guerra espectacular o de operaciones especiales, una guerra aséptica y miniaturizada o de intervenciones quirúrgicas, y que sin embargo garantiza intactos el objetivo de la dominación y el secreto de ser, en su realidad espectral, el mayor mercado de la muerte en la planetaria economía de guerra. ¿Sigue siendo este el fin de la historia?

Ante el difuminar contornos nacional estatales y cerrada la contienda por un «Way of life», *El Capital*, pomposo desde la caída del Telón de Acero, ha devenido en dos fracciones con capacidad de disputa: *Organización del Tratado del Atlántico Norte* (OTAN) vs *Organización de Cooperación de Shanghái* (OCS). Siria, lugar de enfrentamiento soterrado entre dichas fracciones, ¿ha sido el chivo expiatorio de un conflicto a escala mundial?, ¿dónde tendrá lugar el siguiente pulso de fuerzas bélicas?, ¿acaso Venezuela desatará un choque de placas tectónicas? De un lado, el capital chino-ruso predominante en la OCS, y del otro, el estadounidense-inglés de la OTAN, propietarios de las industrias cúspide: la espacial satelital, termonuclear, químico-fármacos, la militar/vigilante, agu-

dizan la competencia por las demás ramas de la alta tecnología, por la transición energética, por la balística hipersónica, por las ciencias de la información cuántica, por la explotación del espacio cercano, todas ellas áreas relacionadas con la geografía natural venezolana y colombiana. La Cuenca del Orinoco, ¿en manos de quién habrá de quedar?, ¿cómo y a quiénes afecta este pulso en sus diferentes niveles?, ¿es relevante el proyecto social bolivariano y la coalición de las demás alternativas de gobierno en esta disputa? Lejos de respuestas contundentes nos queda seguir abriendo el cuestionario.

¿Cómo analizar entonces las condiciones sociales actuales en un contexto interpretativo altamente monopolizado? Enrarecido el panorama global, aterricemos en el escenario regional con la obligación de comprender las realidades locales en clave cosmopolita: en Colombia, el intento por cerrar el conflicto armado bien sea a través de acuerdos o de su simple negación discursiva y militar, ¿busca realmente la paz?, ¿al menos hay un proceso de entrega del monopolio de las armas al Estado? El envejecido conflicto armado entre colombianos, ¿respondió más a una lógica de guerra fría que a los desafíos de la actualidad?, ¿qué lugar ocupa el desarme en la dialéctica de la guerra permanente?, ¿se ha puesto en marcha un tránsito de una economía de guerra a una economía de paz? La realidad parece estar diciendo, a propósito de la actualización de la doctrina militar, que la pretensión era hacer obsoleta una modalidad de confrontación para desplegar otra(s), manteniendo, eso sí, instrumentos de poder que conservan su vigencia. Quizás enumerar segmentos de la realidad ayude a percibir estelas del despliegue.

Primero, la sucedánea y aparente despolitización de los armados, ¿qué pretende desaparecer?, ¿las armas de los territorios o los trasfondos socio-políticos del antagonismo? ¿Qué pasa con la doctrina del enemigo interno? ¿Cómo entender la continuidad del principio de contrainsurgencia? Su prolongación en la reactualización de la doctrina militar remite a una contradicción que afronta el Estado Colombiano: al promover Verdad y Reparación, el esclarecimiento de los hechos de la guerra «anterior», mientras «despliega otra forma de confrontación» o producción de otra Verdad, la correspondiente a la confrontación anterior no aparecerá. El andamiaje propagandístico del Estado, en versión «periodismo investigativo» o transmisión directa de «exitosas investigaciones de los cuerpos armados» cuya pretensión, contener la sociedad en cercos de miedo o en un armonizado y cómplice coro de silencio, después de todo dispara en su contra, porque los monopolios mediáticos al competir por la audiencia lo dejan en evidencia ante esta al desatar la dialéctica de las «investigaciones», poniendo en el núcleo la disputa por el relato, por las referencias al pasado que se instalen en la memoria histórica: si «los aliados» en Normandía son ahora más heroicos que «los rojos» en Berlín, entonces en el difuso espectro del poder suave o «soft power» lo trascendente para el registro no es resultar vencedor sino narrador.

Empero, el discurso institucional, aparentemente crítico con el accionar represivo que lo hizo viable, sigue teniendo asuntos vedados incluso en tales condiciones de contradicción o, ¿cuál prioridad asignó a desmantelar, por ejemplo, la retórica de inevitabilidad o inocencia con la cual la mayoría de enriquecidos financiadores se han excusado en el contexto de inseguridad en el que

han tenido que operar, poniendo a poderosas empresas en el mismo nivel de indefensión de campesinos y trabajadores? Apesta a necrófago en muchas de las acciones de los a sí mismos llamados «tenedores de buena fe», tan activos en este segmento.

Segundo, ¿cuánto contribuye a un «buen clima de negocios» la concentración desarmada de los otrora causantes del pánico financiero? La intromisión de capitales anglosajones (como predominio), principalmente en el sector de la minería, los monocultivos e hidrocarburos, agrupados en «commodities», tiene que agradecer tanto al conflicto armado entre colombianos como a su terminación, o ¿cuántas bombas cayeron donde hoy hay grandes terrenos de excavación?, ¿cómo no incrustar aquí el despliegue de los batallones mineroenergéticos?

Las grandes ferias mineras y de tierras, ¿maquillan la usurpación de territorios al presentarla como «transacción» entre iguales? ¿Qué parte del territorio queda por transar con el capital transnacional? Al intensificar su actividad, el «fracking» aparece en la escena, y la eliminación de las Consultas Populares y las Licencias Mineras Express del nuevo Plan Nacional de Desarrollo (PND) armonizan el silencioso coro. Al profundizar la contradicción en momentos decisivos, lo participativo de la legislación constitucional debe hincarse a lo (represivo) representativo de las garantías jurídicas para la inversión o someterse a cuantiosas demandas ante las Agencias de Arbitraje Privado ¿Inversión de Capitales o de primacías?

Tercero. Desde el cierre por decreto del conflicto entre colombianos o firma del Acuerdo Final, las Fuerzas Armadas (FFMM) al servicio del Capital pretenden regirse por

la denominada doctrina Damasco (2016). Ella reactualiza, mediante la jerarquización, las «nuevas amenazas»:

Las nuevas amenazas son: a) delincuencia organizada transnacional; b) pobreza extrema; c) desastres naturales y riesgos biológicos de alto impacto (VIH); d) seguridad cibernética; e) armas de destrucción masiva. A grandes rasgos, estas amenazas se consideran hemisféricas, es decir, pueden afectar a toda la región si se salen de control en un solo Estado. En el mismo sentido, hay una tercera categorización de «amenazas medias», que son las versiones de las nuevas amenazas relacionadas directamente con el Estado y la sociedad: a) narcotráfico; b) Crimen Organizado Transnacional; c) migración masiva y fronteras desorganizadas. (Rodríguez, p.3, 2019).

Para entender por qué reactualiza, nos parece decisivo tener en cuenta el contexto de resultados electorales durante el período cuando la pulieron (a la doctrina). Para el Departamento de Estado de los EEUU (DoS) resultados electorales no absolutamente dóciles, no amigos de sus despóticas órdenes en Venezuela, Argentina, Ecuador, Bolivia, Uruguay, Brasil y Nicaragua, transformaban a los nóveles demócratas en enemigos del «Way of life», de la democracia y la vida misma a la norteamericana, pues «pueden afectar a toda la región si se salen de control en un solo Estado». Lo cual tiene incluso antecedentes previos: el ejército «chileno» (del cual se toman bases para Damasco de su Manual de derecho operacional [2009]) probado durante 1973 en la guerra contra los demócratas no «Way of life», y en pro de la consecución del aterrador Milagro formulado en El Ladrillo de los «Chicago boys» chilenos; igual que el ejército colombiano, que estuvo dispuesto a combinar las diferentes formas de lucha, entre los llamados tres

poderes del Estado incinerar uno, mimetizar su estructura nacional en paramilitar, de manera sistemática aniquilar a todo tipo de expresiones políticas, vanagloriarse de bombardear la sociedad pobre, y un largo etcétera, para conservar los intereses del amo. Con la doctrina ambos ejércitos se comprometen, una vez más, a las «tareas conjuntas» con el Comando Sur de EEUU y este les asigna diferentes operaciones terrestres, por ejemplo contra los nóveles demócratas. Después de todo, el DoS, que se ha atribuido la misión de imponer la democracia a la norteamericana en el mundo, desde esa primacía con certeza jerarquiza la docilidad entre sus leales servidores, cómplices en el esférico juego de las influencias. Damasco desarrolla entonces, el por qué estas amenazas determinan el «nuevo» ejército como «multimisiones»:

[...] la renovada doctrina deberá estar encaminada también hacia potenciales fricciones con otros Estados, que impliquen una postura estratégica creíble frente a amenazas externas [...] Además, dicha construcción doctrinal deberá tener en cuenta los regímenes políticos en América, o en otro continente, que puedan influir o que estén influyendo directa o indirectamente en la institución castrense. (Rojas, pág. 99, 2017).

Por ello, el DoS sabe, mejor que la Farc (reactualizados de desalmados a desarmados) que América Latina ha estado fluctuando entre la danza de los reales y de los dólares, y que domina a plenitud sobre la levedad del poder de lo electoral sometido en la fuerza de atracción del dinero. Invirtiendo reales y dólares en las campañas electorales ha logrado el retorno del poder, que no escapó en ningún momento de las garras de El Capital, a las manos de sus fieles servidores en Brasil, Argentina y Ecuador. Mientras la Farc, sedu-

cida por el espejismo del «triunfo» de los nóveles demócratas, firmó el *Acuerdo de Paz* que los ingresaría al «club de los exitosos».

Cuarto. Rendido el antiguo enemigo interno y dada la extensión de las «nuevas amenazas» ¿quién justificará el engrosamiento de las filas militares? Repitamos la pregunta del número anterior de la Revista, ¿a quién apuntarán ahora los fusiles y las cámaras? El espejismo de la paz, ¿acaso no refleja la nueva tendencia a declarar, en el silencioso concierto del enemigo difuso, objetivo (para) militar a las voces más resonantes, a los líderes y lideresas sociales de las comunidades territoriales?, ¿quiénes sino a los y las que defienden una relación con el territorio, por completo ajena a estas nuevas condiciones, aparecen allí donde hoy el negocio-mundo pone su frenética sed de ganancia? Quiénes, sino a los desheredados hijos de los cientos de miles que ardieron como nunca en los infames hornos de la «destrucción creativa» Colombiana; quiénes, sino a las comunidades «apartadas» que develan la fragilidad de la democracia del más fuerte; quiénes, sino las ocho millones de personas «apartadas» de sus comunidades y despojadas de sus tierras, y sumergidas a la fuerza en una democracia de y para propietarios.

¿Qué sigue?, ¿por qué ahora el enemigo declarado en voz alta, el convencional, parece ser externo?, ¿actualización e internacionalización del anterior? Y antes de hablar de este, la función política de trasladar el conflicto a un escenario exterior, ¿implica la agudización de los dispositivos policiales al interior? La disciplina como una rama autónoma de la producción social del individuo, más estimulante para El Capital que la misma jornada de trabajo, ¿revela al terror como contenido de la vigente unidad

de autoridad de gobierno? El *Código de Policía*, ¿no acribilla a la sociedad al situarla como enemiga de sí misma? En nombre de la seguridad y el bienestar, ¿estamos obligados a temer a quienes «nos defienden»? Ese mismo temor, ¿no desplaza el enfrentar la represión hacia el inofensivo desfogue humorístico y quejumbroso del mundo «online»? Mientras, el vedado antagonismo entre las clases (que destella en la *Ley 1801*) parece gritar, de lado y lado, ¿no se aceptan posturas intermedias!

Ahora bien, frente a dicha exteriorización, ¿cuál es el factor más determinante en el intento por intervenir el proceso venezolano? ¿A qué se debe la insistencia de la protección venezolana a las insurgencias colombianas? Teniendo presente la geografía compartida, ¿por qué la Cuenca del Orinoco parece ser tan importante a un lado de la frontera y carece de mención alguna en el otro?, ¿será descabellado sospechar de la actual «exportación» del paramilitarismo costeño-andino a aquellas áreas? El cerco diplomático, ¿a qué estrategia obedece?, ¿quiénes lo han reconocido? ¿Qué persigue?, ¿petróleo?, ¿coltán?, ¿parte del botín?, ¿ganar el favor norteamericano? ¿Quién atenderá los mercados venezolanos una vez se normalice el intercambio? Sin dudar, el Duque sin ducado dirá «Reconstruir Venezuela es una oportunidad tremenda». ¿Añora el Capital colombiano volver a tener a Venezuela como segundo país de exportación? ¿No es digna de sospecha esta narrativa?

La disputa alrededor del relato, con su reciente cerco diplomático parece, en este aspecto, un capítulo más de una película que viene respaldada por el ya conocido «cerco mediático», supresor del «cerco económico» del amo, ante la opinión e indignación pública latinoamericana. En Guerra Perma-

nente, la información, ¿debe ser asumida como categoría militar? La expresión continuada de combinaciones comunicativo-militares como golpe mediático, cerco mediático, ¿revelan que se trata de acciones económicas y (para) militares? La sofistería mediática de lo bélico más reciente, la «ayuda humanitaria», ¿es otra cosa que un asedio moderno travestido de bondad? Si aceptamos esta idea, hasta qué punto acciones como la quema de camiones no tiene un profundo mensaje performativo: «¡estamos dispuestos a seguir quemando comida, medicina, petróleo y tecnología hasta que nos devuelvan la conducción de la sociedad!» Aquello de «el hecho comunicacional es un hecho político» cobra más sentido cada vez. Desde Vietnam los medios son la continuación de la guerra por otros medios, son el nuevo teatro de operaciones. Desde entonces toda confrontación se libra primero en el espacio mediático que en el militar (antes de salir a escena se pule la apariencia para conservar su esencia) ¿De qué otro modo se entiende la legitimidad de la ocupación y de la intervención?, ¿por qué se guarda silencio de un hecho mientras se magnifica otro?, ¿es nueva esta selectividad al mirar la realidad?

Algo que hace particular al mascarón neoliberal como momento histórico de El Capital es la preponderancia que gana la batalla de las ideas, crucial en una fase que no es tan exitosa (en comparación con otras en las que destacaba un nivel productivo mayor, que se ha querido leer como «más sanas», pero que comparten con la actual el hecho de garantizar la ganancia), ni incluyente (su permanente estado de excepción ha dado lugar a una sistemática masacre de clases vedada por una identidad ciudadana que parte de negar cualquier indicio de confrontación clasista) pero que se sostiene sobre un sólido entra-

mado de mecanismos ideológico/culturales, un fetichismo exacerbado, sostenido por masivas y rutinarias justificaciones mediáticas así como de la promoción de organizaciones y elementos culturales alrededor de las distintas iniciativas proto y neo fascistas, que estriban entre mafias, servicios religiosos, comunidades virtuales, movimientos supremacistas, etc.

Bolsonaro en Brasil, Macri en Argentina, «Lenin» en Ecuador, Piñera en Chile, Abdó en Paraguay. A la espera de *El Dorado* venezolano, la disputa alrededor del relato de gobierno sobre el territorio asume, cada vez más, correlaciones asimétricas, ¿celebran el triunfo las oligarquías en su refundación del mito nacional impuesto a la base social a partir del discurso de la anticorrupción? ¿En qué derivará el esfuerzo de su refuncionalización tras el intento mancomunado de incrustarle «base social» al mito latinoamericano? ¿Qué nos dicen el *Grupo de Lima* y la OEA de la autonomía relativa de las empresas estatales latinoamericanas frente a Washington? ¿Qué mensaje envía Colombia al resto del continente al ingresar a la OTAN? ¿Por qué el regreso de mitos nacionales que se basan en lo formulado por élites blanqueadas, antimestizas e imitadoras de los modos de ser del norte? ¿Qué persigue este alineamiento contra los procesos latinoamericanos de la hoy convaleciente UNASUR?, ¿realmente su cuestionamiento busca atacar los errores o más bien se está tras el derrumbamiento de sus aciertos? Para poder hilar más fino hay que considerar el devenir de los procesos latinoamericanos tras el cierre de la llamada «década ganada». Los proyectos «alternativos», diversos pero que parecían confluir, ¿suponen opciones ante un proletariado incapaz de cumplir con las metas de redimir la sociedad? Preten-

damos haber vislumbrado algunas respuestas. Aunque alguno, el Bolivariano, hasta cierto punto lo ha generado y por tanto lo conserva como soporte, lo comunitario de este, jerarquizado y arraigado en principios heterónomos «patrióticos», tambalea cada vez más; otro, el Sandinista, cuya génesis desde guerrillas militarmente victoriosas pero afectadas por lo heterónimo partidario, parece fenecer; a otros, el Justicialista, originado desde la pretensión heterónoma de lo partidario, y el adjetivado más difuso, Revolución Ciudadana, los ha arrastrado el torbellino del enriquecimiento súbito. En general, ellos sucumben porque se sometieron (sujetaron) a/en la otra modalidad del Espectro Completo: la levedad del poder que suscita lo electoral sometido en la fuerza de atracción y repulsión del dinero.

El dispositivo Odebrecht lo confirma: un conglomerado de negocios especializado en los campos del hacer aparecer dólares como reales o lavado de activos y la manufacturación de resultados electorales o financiación de campañas, acaparador de audiencias y envuelto en investigaciones por la simulación de actividades ingenieriles y de construcción para la consecución de su razón social: realizar la corrupción como un fenómeno acuñado en un patrón distinto al dólar norteamericano aunque la financie con (para) este, facilitando la movilidad selectiva de las instituciones, encuadrando lo elegible y sacando de foco cualquier otra fuente de troquelado bajo la doctrina de la Estrella Polar. A menudo se afirma sobre el proletariado que no existe como clase, pero esto sólo es tal si lo rige lo heterónimo, valga decir, el poder burgués. Pero este poder sólo es si no es, valga decir, sólo determina lo heterónimo si lo determina lo heterónimo y si se determina por lo heterónimo. Para ello,

su poder lo asigna a un poder extraño y espectral, a una abstracción real: El Pueblo y/o La Nación. El primero, propio de la matriz anglosajona («the commons», «we the people»), silencia el territorio en favor de la extensión; el segundo, propio de la matriz europea continental («deutsche Nation», «Assemblée nationale»), clama territorio en favor de la intensificación de contornos. Pero la crítica determinante de estos no es, como se puede creer erróneamente, que la vida política escenificada en ellos haya sido más simbólica que efectiva, sino que ambos comparten que a no ser éstos lo burgués, no ser lo proletario, ni lo pequeño burgués, etcétera, se ha «llegado» (porque el cuanto «bruto» lo reproduce el cuanto «selecto») en la solución al trascendente gobernar: en el dominio, legitimado como voluntad de gobierno, la abstracción real es representada en, o delegada a, quienes se escenifican como su ideal concreción, como los «más aptos» entre los «ineptos». Bajo tales condiciones, incluso el lacónico «todo el poder a los soviets» devino en «la dictadura del proletariado», incluso el vigoroso «Comuna o nada» lentamente deviene en epitafio del «Comandante eterno».

Ahora bien, es sabido que los líderes de tales proyectos no pertenecen al círculo cerrado de los capitalistas, pero sí al cuasi infinito espectro de la ideología inherente a/en la antinomia de/que genera la pretensión omnímoda del prometer, de la que no resultan siendo más que «un rostro doble, un encantador Jano», de rostro humano a la izquierda y de salvaje expresión del lado derecho. Prometer (por una parte) redimir la sociedad mediante el consumo para todos y (por otra) el devenir del ascenso social. Pero porque en no cumplir está el sobrevivir del prometer, éste constituye el redimir la

sociedad en una estepa indeterminada y el ascenso social de individuos en los oasis de aquel desierto. Los proyectos alternativos parecen sucumbir al momento en que deben resolver dicha antinomia, mientras que la sociedad burguesa lo contiene pues impone el matrimonio monógamo entre ascenso social y el supervigilado enriquecimiento súbito para unos cuantos.

Empero, el momento de la acumulación de capital y/o el círculo cerrado de capitalistas difiere de tal ideología. Tal momento, cámara de vigilancia de todo movimiento financiero y por tanto espada de Damocles amenazando el cuello de los líderes enajenados por la ideología del ascenso social mediante el espejismo del enriquecimiento súbito, si cuestiona a fondo las llamadas alternativas tampoco deja de interrogar al Capital: lo absoluto de su dominio, la fuerza, ¿en su aparecer absoluto sugiere el origen del desaparecer de ella? El que los pocos teóricos que no se ponen a su servicio coincidan acerca de la profundización de la contradicción central y estructuradora de la totalidad en el salto que supone pasar de ser la relación capital/trabajo a la de capital/vida, parece advertir que por lo menos una de las dos tiende a desaparecer.

Absoluto o no, lo cierto es que mientras más eleva niveles de complejidad, más porosa tiende a hacerse su presencia en los momentos más simples, dejando espacios abiertos a la apertura, ya no de alternativas sino de otredades, de modos de producir y realizar la vida en direcciones ajenas a sus objetivos. De este modo, al continente lo habitan y le dan sentido territorial organismos colectivos y comunitarios que se han centrado más en la creación de procesos de base que en la sintetización de minorías

bien intencionadas dispuestas para la disputa y ocupación de espacios e instrumentos del orden vigente: los procesos comunales y de defensa popular en Venezuela, el EZLN en México, *Movimento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra en Brasil*, *el Proceso de Liberación de la Madre Tierra* en Colombia, movimientos feministas y de mujeres en todo el continente, las *Madres de Mayo* en Argentina, la *Mesa Interbarrial de Desconectados* en Medellín, *Consejos Regionales Indígenas del sur de Colombia*. De estos cabe destacar que: no se suscriben en la ideología de El Prometer, no se rigen por lo heterónimo, se construyen alrededor de principios ajenos a la propiedad privada, se configuran alrededor de la defensa y promoción de la vida, pero tampoco construyen condensaciones de fuerza suficientes para contener de manera prolongada la ofensiva del capital y menos arremeter contra este en escalas considerables. Dejando así al menos una certeza: las formas de poder anticapitalistas requieren de una reconstrucción de los territorios bajo formas ajenas a Él; pero también grandes desafíos: el debilitamiento de la democracia representativa y la promoción de la democracia participativa como táctica, la construcción de un entramado de fuerzas capaz de elevar los niveles de disputa como estrategia.

A modo de declaración editorial, ante la pregunta por el *Poder y el Territorio* reafirmamos un modo de pensar dialéctico y crítico, que al esgrimir nos posiciona entre dos tendencias en la relación: por un lado los procesos heterónomos desde arriba (sin términos medios) que actúan como formas predominantes de ejercicio de Poder en el Territorio, y por otro, los procesos autónomos desde abajo que reclaman la multiplicidad de la vida y sus formas, la

libertad como esencia de lo humano, la justicia no empapelada del constitucionalismo formal sino la de sociedades en relación con el uso de la tierra, con la naturaleza, con el otro, con la sociedad misma. Ante el exterminio de las condiciones de vida a causa de los usos del poder en el territorio contraponen la clase trabajadora para sí el Territorio como forma de Poder en ejercicio... en ejercicio contra la indiferencia, la barbarie, la irracionalidad y la guerra permanente, por la organización y la lucha frontal contra el Capital, no en las espectrales fugas individuales y pseudo rebeldes sino en los modos de existencia colectiva, de apropiación territorial y en la construcción de Poder desde las bases.

Referencias:

- Rojas, P. J. (2017, enero-junio). Doctrina Damasco: eje articulador de la segunda gran reforma del Ejército Nacional de Colombia. *Rev. Cient. Gen. José María Córdova* 15(19), 95-119. DOI: <http://dx.doi.org/10.21830/-19006586.78>
- Rodríguez, A. V. (2019, febrero). ¿Qué son las nuevas amenazas?. *Boletín Estrategia y Poder* 14. Centro de Estudios Históricos del Ejército. Bogotá.